

Mills Fox Edgerton

FIERAS Y VÍBORAS



CUADERNOS DEL LABERINTO

—Anaquel de poesía—

Mills Fox Edgerton

FIERAS
Y
VÍBORAS



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

—ANAQUEL DE POESÍA, n°39—

MADRID • MMXIV

De la obra © MILLS FOX EDGERTON

De la edición © EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

www.cuadernosdelaberinto.com

Dirección: ALICIA ARÉS

Diseño de la colección © Absurda Fábula

www.absurdafabula.com

Del prólogo © SERGIO RODRÍGUEZ PRIETO

Ilustración de cubierta © Mario Antonio Del Pi (con licencia de fotolia)

Ilustración del autor en solapa © Julio Santiago

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por método alguno, salvo permiso expreso del editor.

Octubre 2014

I.S.B.N: 978-84-942539-5-9

Depósito legal: M-25652-2014

Impreso en España.



www.cuadernosdelaberinto.com

Analizar la literatura tiene sus consecuencias. Se puede diseccionar el texto para comprender como interactúan sus componentes, extraer uno a uno los órganos, entender su forma y función. Pero lo que queda después de ese ejercicio es un cadáver destripado, una de esas ranas de laboratorio que, por muy bien que se cosan de vuelta, ya no volverán a saltar ni a croar ni a soñar con el beso de alguna princesa ansiosa. La analogía es de Mills, que ha pasado su vida profesional en el mundo académico de Estados Unidos, viendo en directo como los adeptos del post-estructuralismo, el posmodernismo y los llamados «estudios culturales» iban despojando de magia cualquier texto que cayera en sus manos. Y lógicamente ha terminado desarrollando una aversión casi criminal contra cualquiera que se arrime a la poesía con el bisturí en ristre, algo que evidentemente no hace nada fácil la tarea de escribirle un prólogo.

La única vía que conozco para abrir la poesía de alguien sin destriparla es yendo más allá de la página, respetando los poemas pero, a cambio, viviseccionando al poeta. Y en el caso de Mills juego con ventaja, porque

pronto hará veinte años que nos conocemos. Durante todo ese tiempo, a pesar de la distancia o la diferencia de años, a pesar incluso de la manía que yo le he ido cogiendo a la poesía por razones que no vienen a cuento, Mills siempre ha permanecido como un referente de primer orden, la clase de modelo que uno no quiere emular sino más bien proteger, como si se tratara de una especie en vías de extinción. Podría detenerme en sus muchas virtudes y logros, en su larga carrera académica y editorial, en los seis idiomas que maneja a la perfección... pero lo que siempre me ha seducido de su figura es que, a pesar de su talla intelectual, sigue proyectando una sombra extremadamente humana. Con él he ido aprendiendo que el verdadero humanista no es quien mucho sabe, sino quien se acerca al saber siempre desde su ángulo humano, aplicando al conocimiento el filtro del sentimiento y viceversa. La clave está en no permitirse a uno mismo caer en la tentación de dejar que ambos vayan por separado.

Así que no esperen de mí objetividad alguna, esto no va de eso. Para empezar porque para mí la poesía de Mills es inseparable de su persona. Y no porque se ajuste al estereotipo romántico del genio aprisionado en su obra y esperando que otros vengan a frotarle la lámpara; ni mucho menos. Lo que veo cuando tengo a Mills delante, ya sea en libro o en persona, es bastante más sencillo, y a mi entender más valioso. Veo una actitud transparente, una mirada diáfana, el típico «esto-es-

lo-que-hay» de un chuleta madrileño pero sin la mueca chulesca. Francamente, en pocos casos he conocido a un poeta que se vea definido por su poesía de forma tan honesta.

Enemigo de todo artificio, Mills reniega del verso aparatoso igual que desconfía de la retórica en la conversación o de la gastronomía rebuscada, quizá porque cualquier forma de barroquismo, de *construcción* de la belleza, es una manera de alejarse de la verdad, de interponer capas innecesarias que le acaban impidiendo a uno llegar a la esencia de las cosas. Algo inadmisibles para alguien que concibe la escritura no como un modo de vida, sino como una forma de estar en el mundo. Un mundo que, por cierto, no siempre es amable; no se me vayan a imaginar a un San Francisco de Asís que va por ahí silbándole a los pájaros. Mills cree firmemente en la maldad, por ejemplo. Cree en el odio, en la traición, en errores que te joden toda una vida. Cree en el sexo casi más que en el amor. Cree en la muerte. Y sabe que se acerca.

Será por eso que no se anda con rodeos. No pierde el tiempo fabricando entelequias ni tratando de alumbrar el «adjetivo definitivo». En la vida las situaciones pueden ser complejas, pero las emociones resultantes suelen ser más simples de lo que creemos. Y posiblemente sea en ellas donde reside esa verdad que todos andamos buscando y que todos compartimos de un modo u otro.

De ahí el interés de Mills en sugerir, suscitar o insinuar. Sus poemas no son *suyos*, sino que pretenden actuar como detonadores de la imaginación ajena. Cuando funcionan es porque explotan. Y lo hacen dentro del lector, que reacciona a la onda expansiva agarrándose a su propia experiencia. La potencia evocadora de cada poema depende, obviamente, de muchos factores, pero uno de los más importantes es la predisposición del lector a dejarse sacudir por una ráfaga de cinco o seis versos que pocas veces tienen más de tres palabras. De la concisión depende su eficacia.

Esto que parece un slogan de Twitter es la máxima de un estilo que Mills lleva cultivando desde hace décadas. Cómo decir lo esencial. Que en ocasiones viene a ser como intentar encapsular el momento en su propia fugacidad. Eso mismo que el haiku lleva siglos haciendo, sólo que Mills evita de forma consciente encorsetarse en reglas formales que puedan restarle a los poemas espontaneidad y, en consecuencia, potencial de impacto. No seré yo quien se los arruine extendiéndome más en este prólogo que ya empieza a ser demasiado largo. Les dejo con lo que de verdad importa.

SERGIO RODRÍGUEZ PRIETO

FIERAS Y VÍBORAS

Fuimos
felices...

El poema
más bello

no vale
una caricia...

Con voz violenta
me contaste
tu calvario —

a través
de esas lágrimas
que brillan al sol

ves más claro
que los que no
han recorrido

tu camino...

Al final
se ha realizado
ese sueño
que ya
caducó...

—Si pudieras
volver atrás...

—¿Sabiendo
lo que sé ahora?

—Sí.

—¡Ah!

Querías
que te besara...

No me atreví.

¿Qué hubiera sido
de nosotros si...?

NOSTALGIA

Aquel lejano
paraíso

donde aún no sabía
lo que sé ahora...

No me arrepiento
de haber querido
sin ser amado...

GATUNA

Te dejas
acariciar —

luego te vas
a lo tuyo...

JUEGO

1937...

Yo soy
el médico,

tú eres
la enferma...

EL AVIÓN

¡Estamos
locos —

comiendo
tranquilamente
a diez mil metros
encima del mar —

locos de atar!